

En un instante los cartagineses, despertando, aparecieron sobre las murallas, sobre las casas, sobre los templos. Los bárbaros se empujaban, gritaban, bailaban delirantes alrededor de la gran caída de agua, y locos de contento, mojaban la cabeza en el chorro.

Se vió en lo alto del acueducto un hombre con una túnica oscura desgarrada; permanecía inclinado en el borde con las manos en las caderas y miraba hacia abajo como admirado de su obra.

Luego se irguió. Recorrió el horizonte con mirada dominadora que parecía decir: «¡Ahora todo esto es mío!

Estallaron grandes aplausos entre los bárbaros. Los cartagineses, comprendiendo por fin su desastre, lanzaban alaridos desesperados. Entonces se puso á correr por la plataforma de un extremo á otro, y como un conductor de carro triunfante en los juegos olímpicos, Spendio, embriagado de orgullo, levantaba los brazos.



XIII

Moloch



Los bárbaros no tenían necesidad de circunvalar Cartago por el lado de Africa, pues ésta les pertenecía. Pero para hacer más fácil el aproche de las murallas, se derribó una trinchera que había junto al foso. Después, Matho dividió su ejército en grandes semicírculos para envolver mejor á Cartago. Los hoplitas de los Mercenarios se colocaron en primera línea, detrás de ellos, honderos y jinetes; á retaguardia los bagajes, carros y caballos, y delante de toda esta muchedumbre, á trescientos pasos de las torres se levantaban las máquinas de guerra.



Bajo la variedad infinita de sus apelaciones, podían reducirse á dos sistemas; unas obraban como hondas y otras como arcos.

Los primeros, los catapultas se llamaban también onagros como los asnos salvajes que lanzan guijarros con sus patas. La construcción de las balistas ó escorpiones exigían para su construcción mucho cálculo, pues su madera debía escogerse entre las más duras y todas las articulaciones eran de cobre.

Spendio puso las tres grandes catapultas en los ángulos principales, delante de cada puerta colocó un ariete, y delante de cada torre una balista. Pero era preciso proteger esas máquinas contra los tiros de los sitiados, y rellenar el foso que los separaba de las murallas. Catapultas y balistas quedaron defendidas por redes de gruesas cuerdas embebidas de vinagre para hacerlas incombustibles.

Los cartagineses se preparaban también. Hamilcar les había tranquilizado declarando que quedaba agua en las cisternas para ciento veintitrés días. Se armó á los esclavos. Se vaciaron los arsenales. Cada ciudadano tuvo su sitio y su empleo determinado. Se repasaron á toda prisa las máquinas de guerra.

Por el lado del norte y de oriente, la ciudad, defendida por el mar y el golfo, era inaccesible. En la muralla que daba frente al istmo, que es por donde atacaban los bárbaros, se acumularon ramas de árbol, muelas de molino, grandes recipientes de azufre, cubas llenas de aceite, y se construyeron muchos hornos. Se amontonaron grandes rimeros de piedra en la plataforma de las torres, y las casas se llenaron de arena para aumentar su resistencia.

Al ver aquellas disposiciones, los bárbaros se irritaron. Quisieron pelear en seguida. El peso que pusieron en las catapultas era tan enorme, que las lanzas se rompieron; el ataque se retardó.

Por fin el día trece del mes de Schabar, al apuntar el sol, resonó un gran golpe contra la puerta de Khamon. Se-

tenta y cinco soldados tiraban cuerdas que partían de la base de una viga gigantesca, terminada por una cabeza de carnero de cobre. La habían envuelto en pieles de buey; argollas de hierro la ceñían de trecho en trecho. Era tres veces más gruesa que el tronco de un hombre y de ciento veinte codos de larga, y al empuje de los brazos desnudos que la empujaban y la atraían, avanzaba y retrocedía con oscilación regular.

Los otros asictes colocados ante las demás puertas, empezaron á moverse también. Las poleas y los capiteles chirriaron, las redes de cuerdas cayeron y una nube de piedras y de flechas atravesaron el aire y dieron contra los defensores de la muralla.

Algunos se acercaban al muro ocultando bajo sus escudos tarros de resina, y luego los lanzaban violentamente. Toda aquella lluvia de balas de dardos y de fuegos, pasaba por encima de las primeras filas atravesando una curva, que terminaba detrás de las murallas. Pero en lo alto de ellas, largas gruas se levantaron y bajaron enormes pinzas que terminaban en dos semicírculos dentados en la parte interior. Mordieron los arietes. Los soldados, cogándose de la viga, tiraban hacia atrás. Los cartagineses procuraban hacerla subir, y la porfía duró hasta la noche.

Cuando los mercenarios al día siguiente emprendieron de nuevo su tarea, todo el adarve de la muralla estaba tapizado de balas de algodón, de cogines; las almenas tapadas con hojarasca y en el parapeto, entre las gruas, se distinguía gran número de horcas y de guadañas. En seguida se entabló una resistencia furiosa.

Troncos de árboles sostenidos por cables caían y subían alternativamente golpeando los arietes; grandes garfios lanzados por las balistas, arrancaban el techo de las cubas; y de la plataforma de las torres vertíanse torrentes de sílice y guijarro.



Por fin los arietes rompieron la puerta de Khamon y de Tagaste.

Pero los cartagineses habían amontonado detrás tal abundancia de materiales, que las hojas no se abrieron. Permanecieron de pie. Entonces se empujó contra la muralla otras máquinas que aplicándose á las juntas de los bloques, debían hacerlos ceder. Las máquinas fueron mejor dirigidas. Los sirvientes repartidos por secciones; desde la mañana á la noche funcionaron sin interrupción con la monotonía de un telar.

Spendio no se cansaba de dirigir. Por sí mismo hacía funcionar algunas de las más difíciles, y los soldados, admirando su destreza, ejecutaban sus órdenes.

Las máquinas, sin embargo, no demolían la muralla; derribaban únicamente la parte superior, pero los sitiados, reparaban por la noche los desperfectos. Se echó al foso césped, estacas, guijarros y hasta carros con sus ruedas para llenarlo más aprisa; y antes que estuviese lleno, la inmensa muchedumbre de los bárbaros onduló en la llanura con movimiento irresistible y fué á estrellarse contra la base de las murallas como un mar desbordado.

Entonces se adelantaron las escaleras de cuerda y las de madera. Por ellas los mercenarios, puestos en fila, subían llevando las armas en la mano. Ni un cartaginés se veía á pesar de que casi tocaban los bárbaros el parapeto. De repente las almenas se abrieron vomitando como gargantas de dragón fuego y humo; la arena candente se esparcía entrando por las juntas de las corazas; el petróleo se pegaba á los vestidos; el plomo líquido resbalaba sobre los cascos y agujereaba las carnes. Una lluvia de chispas chamuscaba los rostros, y órbitas sin ojos parecían llorar lágrimas grandes como almendras. Hombres cubiertos de aceite ardían por los cabellos. Corrían entre los otros y les inflamaban á su vez. Se les ahogaba, echándoles desde lejos sobre el rostro mantos embebidos de sangre. Algunos que no tenían heridas aparentes, permanecían inmóviles,

tiosos como estacas, con los brazos separados del cuerpo y la boca abierta. El asalto duró muchos días, pues los mercenarios esperaban triunfar por un exceso de fuerza y de audacia.

Algunas veces, un hombre subido sobre las espaldas de otro hundía un vástago entre las piedras y luego se servía de él como un escalón para subir más arriba, y luego clavaba otro y otro; y protegidos por el borde de las almenas que sobresalían de las murallas, se elevaban poco á poco; pero siempre al llegar á cierta altura, caían.

El gran foso, demasiado lleno, se desbordaba; bajo el paso de los vivos, los heridos formaban una sola masa con los cadáveres y los moribundos. Entre las entrañas abiertas, los sesos esparcidos, y los charcos de sangre, los troncos calcinados parecían manchas negras, y brazos y piernas, saliendo de un montón, permanecían derechos como gruesas cepas en una viña incendiada.

Las escaleras eran insuficientes y se empleó los tolenones, instrumentos compuestos de una larga viga transversal á otra y que llevaba en el extremo una plataforma cuadrangular con barandillas en que habían treinta infantes con sus armas.

Matho quiso subir en la primera que se dispuso. Spendio le detuvo.

Unos hombres se encorvaron sobre un cabrestante; la gran viga se levantó hasta ponerse casi vertical, y harto cargada por el extremo se doblaba como una caña desmesurada. Los soldados, ocultos hasta la barba, se encogían; no se veía sino las plumas de los cascos. Por fin cuando estuvo á cincuenta codos en el aire osciló á derecha é izquierda varias veces y después bajó. Como un bravo gigante que tuviera en la mano una cohorte de pigmeos, dejó al borde de la muralla la plataforma llena de hombres. Saltaron entre la multitud y nunca más se vieron.

Los otros tolenones pronto estuvieron listos. Pero se hu-



bieran necesitado cien veces más para tomar la ciudad. Se les utilizó de otra manera: arqueros etíopes se colocaban en las plataformas, y cuando estaban en el aire sujetábanse los cables, y así permanecían suspendidos lanzando flechas envenenadas. Los cincuenta tolenones dominando las almenas, dominaban así á Cartago como monstruosos buitres, y los negros refan al ver como los soldados de las murallas morían entre convulsiones atroces.

Hamilcar envió hoplitas, á los que hacía beber cada mañana el jugo de ciertas hierbas por protegerles contra los venenos.

Una noche oscura embarcó sus mejores soldados en gabarras y les hizo tomar tierra en la Tænia. Adelantáronse hasta las primeras líneas de los bárbaros, y cogiéndoles de sorpresa, hicieronles gran mortandad. Hombres suspendidos de cuerdas, bajaban por la noche de lo alto de las murallas con antorchas en la mano, quemaban las obras de los Mercenarios y volvían á subir.

Matho se mostraba encarnizado, cada obstáculo aumentaba su cólera, é ideaba cosas terribles y extravagantes. Un día convocó mentalmente á Salammbo á una cita: después esperó. No vino, y aquello le pareció una nueva traición, y desde entonces la execró. Aumentó las avanzadas, plantó horcas bajo las murallas, disimuló trampas en el suelo, y mandó á los libios que le trajeran una selva entera para incendiar Cartago como una madriguera de zorras. Spendio se obstinaba también. Trataba de inventar máquinas espantosas como jamás se habían construído. Ninguna de las tentativas daba buen resultado, porque los sitiados se resistían no esperando misericordia. A cada nueva invención contestaba Hamilcar con una estrategia nueva. Por fin comprendieron todos, que la ciudad era inespugnable, mientras no se hubiese levantado hasta la altura de las murallas una larga terraza que permitiera pelear sobre un mismo nivel; se empedraría la cima para

hacer rolar por ella las máquinas. Entonces Cartago no podría resistir.

Empezaba á dejarse sentir la sed. El agua que valía al comenzar el sitio dos kesitah por carga, se vendía ahora á un shekel de plata; las provisiones de carne y trigo se acababan también. Aparecía el fantasma del hambre. Algunos hablaban de las bocas inútiles, lo cual asustaba á todos.

Desde la plaza de Khamon hasta el templo de Melkart había cadáveres en las calles, y como aún duraba el verano, grandes mossas negras hostigaban á los combatientes. Los ancianos transportaban á los heridos, y las gentes devotas celebraban funerales por los muertos en el sitio y en campaña. Estatuas de cera con cabellos y vestidos estaban tendidas á través de las puertas. Se fundían al calor de los cirios que ardían cerca de ellas; la pintura se escurría por sus hombros y el llanto corría sobre el rostro de los vivientes, que salmodiaban canciones lúgubres.

La temperatura era tan sofocante, que los cuerpos, hinchándose no podían colocarse en los féretros. Se les quemaba en el centro de los patios, pero las hogueras incendiaban á veces las paredes vecinas y largas llamas surgían de repente de las casas como sangre que salta de una arteria. Moloch poseía por entero á Cartago; estrechaba las murallas, se revolcaba en las calles y devoraba los cadáveres.

A fin de retener en la ciudad el genio de los dioses, se había cubierto de cadenas á sus simulacros. Se puso velos negros á los pataicos y cilicios alrededor de los altares. Se procuraba excitar el orgullo y los celos de los Baals, diciendo: «¡Te vas á dejar vencer! ¡Los otros son más fuertes que tú quizás! Preséntate, auxilianos, á fin de que los pueblos no digan: ¿Dónde están sus dioses?»

*Salammbo*



Una ansiedad perenne agitaba los colegios de los pontífices.

Los de la Rabetna sobre todo tenían miedo, porque el zaimph no produjo ningún efecto. Se mantenían encerrados en el tercer recinto inespugnable como una fortaleza. Solo uno de ellos se atrevía á salir, el gran sacerdote Schahabarim.

Iba á ver á Salammbó, pero permanecía silencioso contemplándole con las pupilas fijas, ó bien se desataba en palabras y los reproches que le dirigía eran más duros cada vez.

Por una contradicción inconcebible no perdonaba á la joven el haber seguido sus órdenes;—Schahabarim lo había adivinado todo,—y la obsesión de esta idea aviva los celos de su impotencia. La acusaba de ser la causa de la guerra. A juicio suyo, Matho sitiaba á Cartago para apoderarse del zaimph otra vez; y profería imprecaciones y sarcasmos contra aquel bárbaro que pretendía poseer cosas santas. Sin embargo, el sacerdote se refería á algo que no nombraba.

No inspiraba á Salammbó temor alguno; la ansiedad de que antes estaba poseída se había disipado. Una calma singular llenaba su espíritu. Su mirada, menos vaga, brillaba con claro fulgor.

Entretanto el python había enfermado de nuevo, y como á pesar de ello Salammbó pareciese curar, la vieja Tauach se regocijó en extremo, convencida de que aquella dolencia del reptil evitaba la languidez de su ama.

Una mañana le halló detrás del lecho de cuero enroscado sobre sí mismo y con la cabeza oculta bajo un montón de gusanos. A sus gritos acudió la hija de Hamilcar. Le removió con la punta de su sandalia, y á la esclava la sorprendió su insensibilidad.

Salammbó ya no practicaba sus ayunos con igual fervor. Pasaba el día en lo alto de su terraza, con los codos apoyados en la balaustrada y miraba á su alrededor. La cima

de las murallas en el extremo de la ciudad trazaba en el cielo zig zags desiguales, y las lanzas de los centinelas formaban en toda su extensión como una orla de espigas. Percibía á lo lejos, entre las torres, las maniobras de los bárbaros, cuando cesaban las diarias peleas, podía ver sus ocupaciones. Componían sus armas, se engrasaban la cabelleira ó bañaban en el mar sus brazos ensangrentados; las tiendas estaban cerradas, las acémilas comían, y en lontananza las hoces de los carros, colocados en semicírculo, parecían una cimitarra de plata tendida al pie de las colinas.

Volvieron á su memoria las palabras de Schahabarim. Esperaba á su desposado Narr'Havas. No obstante su odio hubiese querido ver de nuevo á Matho. De todos los cartagineses, ella sola tal vez, le hubiera hablado sin temor.

A menudo su padre entraba en su habitación. Se sentaba fatigado sobre los cojines y la contemplaba casi enternecido como si su vista le distrajera de sus trabajos incesantes. A veces la interrogaba acerca de su estancia en el campamento de los mercenarios. Le preguntaba si alguien le había aconsejado la empresa. Moviendo la cabeza le contestaba que no, pues estaba orgullosa de haber salvado el zaimph.

El Suffeta procuraba enterarse de todo lo referente á Matho, pretextando que le convenía para sus planes militares saber qué clase de hombre era. No comprendía porque había pasado tantas horas en el campamento. En efecto, Salammbó no le hablaba de Giscon, y si callaba su deseo de asesinar á Matho era porque temía que le reprocharan no haber cedido á tal deseo. Salammbó no contaba más, por vergüenza quizá, ó por que un exceso de candor hacía que no diera gran importancia á los besos y abrazos del soldado. Decía únicamente, que cuando le pidió el zaimph el Schalischim parecía furioso, que gritó mucho y que después se había dormido.



Una noche en que estaban así uno enfrente del otro, apareció Taanach asustada. Un viejo con un niño estaban en los patios y querían ver al Suffeta.

Hamilcar palideció y luego dijo:

—¡Que suba!

Iddibal entró sin prosternarse. Llebaba de la mano un niño cubierto con un manto de piel de cabrón. Levantándole el capullo que ocultaba su rostro:

—¡Héle aquí, tomadlo!

El Suffeta y el esclavo se retiraron á un ángulo de la sala.

El niño permaneció de pie en el centro, y con mirada más escudriñadora que asombrada, examinaba el lecho, las paredes, el suelo, los collares de perlas tirados sobre vestidos y manto de púrpura, y aquella majestuosa mujer joven que se inclinaba hacia él.

Quizá tenía diez años y no era más alto que una espada romana. Tenía el pelo rizado y la frente prominente. Hubiérase dicho que sus pupilas buscaban espacio. Las alas de su nariz delicada palpitaban; en todo su cuerpo se advertía aquel indefinible esplendor de los que están destinados á altas empresas. Cuando se hubo quitado su manto hartamente pesado, quedó vestido con una piel de lince ceñida á su cintura y apoyaba con firmeza sobre el pavimento sus pies blancos de polvo. Adivinó sin duda que se trataba de cosas importantes, porque permanecía inmóvil, con una mano en la espalda, la cabeza inclinada y un dedo junto á la boca.

Por fin Hamilcar con un ademán llamó á Salammbó junto á sí y le dijo:

—¡Le guardarás en tu cuarto, oyes! ¡Es preciso que nadie, ni aun los de la casa, sepan que existe!

Luego, detrás de la puerta preguntó de nuevo á Iddibal si estaba seguro de que nadie les había visto.

—Nadie, dijo el esclavo; las calles estaban desiertas.

La guerra azotaba todas las provincias y había temido por el hijo de su amo.

Entonces, no sabiendo donde ocultarle, se embarcó en una chalupa, y costeando, llegó al golfo. Allí estaba desde hacía tres días observando las murallas. Como le pareció que aquella noche los alrededores de Khamon estaban desiertos, desembarcó cerca del arsenal.

Los bárbaros establecieron frente del puerto mismo una inmensa línea de maderos para impedir la salida á los cartagineses. Por la parte de tierra, cada día aumentaba la altura de la terraza.

Estando interceptadas las comunicaciones con el exterior, un hambre intolerable se dejó sentir. Matáronse todos los perros, mulos y asnos, y después los quince elefantes que el Suffeta había salvado. Los leones del templo de Moloch estaban furiosos, y sus guardianes no se atrevían á acercarse á ellos. Primero se les mantuvo con los heridos de los bárbaros; después se les echó cadáveres aún cañientes. No quisieron comerlos y murieron todos. A la hora del crepúsculo, se veía á mucha gente que cogían entre las piedras de los antiguos recintos, hierbas y flores, que cocían en vino; pues el vino costaba menos caro que el agua. Otros, se deslizaban hasta las avanzadas del enemigo y se metían en las tiendas para robar alimentos. Los bárbaros, llenos de asombro, dejaban algunas veces que se volvieran en paz. Llegó por fin un día en que los antiguos resolvieron degollar para ellos los caballos de Echmun. Aun que eran animales sagrados no escaparon al hierro, y sus carnes cortadas en trozos iguales, se escondieron detrás del altar. Todas las noches, alegando cualquier devoción iban al templo y comían á escondidas; bajo sus túnicas llevábanse un trozo para los hijos.

Las piedras de las catapultas y las demoliciones para atender á la defensa, habían acumulado grandes montos.



nes de escombros en las calles. Las tres grandes catapultas no paraban, sus estragos eran extraordinarios, hasta el punto de que la cabeza de un hombre fué á chocar contra el frontón de los syesitas; en la calle de Kinisdo, una parturienta fué aplastada por un bloque de mármol y su hijo, con la cama, lanzado hasta la encrucijada de Cinasyrs, donde en encontró la colcha.

Lo más irritante eran las balas de los honderos, caían sobre los techos, en los jardines y en los patios, mientras se comía las pocas piltrafas que quedaban. Aquellos atroces proyectiles llevaban grabados leyendas que se imprimían en las carnes, y sobre los cadáveres se leían injurias como *gorrino*, *chacal*, *gusano*, y á veces sarcasmos: *ahí va eso ó, bien merecido me lo tengo*.

El hambre crecía de modo tal, que Hamílcar ordenó abrir los silos que guardaban trigo; sus intendentes lo repartieron al pueblo. Durante tres días todos se hartaron; pero entonces la sed se hizo intolerable. Y para que fuera más triste la situación, los sedientos veían ante ellos la cascada de agua clarísima que caía del acueducto.

Hamílcar no se amilanaba. Contaba con un acontecimiento extraordinario. Con algo decisivo.

Los propios esclavos arrancaron las planchas de plata del templo de Melkarth, y cuatro grandes buques partieron para las Galias á fin de comprar mercenarios á cualquier precio. Entre tanto diríase que el furor más grande animaba á los bárbaros. Se les veía á lo lejos tomar la grasa de los muertos para tener bien untadas sus máquinas. Otros arrancaban las uñas de los cadáveres que cosían por los bordes para hacerse corazas. En las catapultas pusieron grandes jarras llenas de serpientes cogidas por los negros; rompíanse los cacharros de arcilla, y las serpientes corrían, pululaban; luego los bárbaros, no contentos con su invención, la perfeccionaron; lanzaban toda especie de inmundicias, excrementos humanos, trozos de animales muertos y de cadáveres. La peste apareció. Los

dientes de los cartagineses les caían y tenían las encías descoloridas como las de los camellos después de un viaje demasiado largo.

Las máquinas se pusieron sobre la terraza aún cuando no alcanzara por todas partes la altura de las murallas. Frente á las veintitrés torres de las fortificaciones se levantaban otras tantas torres de madera. Todos los tolenones funcionaban, y en el centro aparecía la formidable máquina de Demetrio Poliorceta que Spendio había reconstruido por fin. Piramidal como el faro de Alejandría era alta de ciento veinte codos, y ancha de veintitrés, con nueve pisos que iban en disminución hacia la cima, y que estaban protegidos por gruesas planchas de cobre. Había en cada uno de aquellos pisos llenos de soldados, numerosas puertas. En lo alto de la plataforma superior había una catapulta y dos balistas.

Entonces Hamílcar hizo levantar cruces para los que hablaban de rendirse; hasta las mujeres fueron alistadas.

Una mañana, poco después de amanecer, oyeron un gran clamor lanzado por todos los bárbaros á la vez. Las trompetas tocaban, y los grandes cuernos mugían como toros. Todos se levantaron y fueron hacia las murallas.

Una selva de lanzas, de picas y de espadas se erizaba en su base. Se lanzó contra las murallas, las escalase engancharon en ellas, y por los espacios abiertos de las almenas, aparecieron las cabezas de los bárbaros.

Grandes vigas sostenidas por largas filas de hombres batían las puertas.

Los cartagineses lanzaban contra los asaltantes muelas de molino, toneles, camas, losas, cubos, todo lo que pesaba y podía matar. Algunos acechaban teniendo en la mano una red de pescar y cuando llegaba un bárbaro, le aprisionaban entre las mallas. Ellos mismos derribaban sus almenas, grandes trozos de muro se derrumbaban levantando inmensa polvoreda y las catapultas de la terraza, tirando unas contra otras hacían chocar á lo mejor sus



piedras que se rompían en mil pedazos cayendo como lluvia de sílice sobre los combatientes.

Las flechas se disparaban por millares desde lo alto de las torres de madera y de las torres de piedra. Los tolenones movían rápidamente sus largas antenas y como los bárbaros habían saqueado bajo las catacumbas el viejo cementerio de los autóctonos, lanzaban sobre los cartagineses las losas de las tumbas. Bajo el peso de las plataformas harto pesadas, algunas veces se rompían los cables y masas de hombres dando alaridos, caían desde lo alto.

Hasta medio día los veteranos de los hoplitas atacaron furiosamente la taenia para penetrar en el puerto y destruir la flota. Hamilcar hizo encender sobre el techo de Khamon una hoguera de paja húmeda y como el humo les cegaba, fueron hacia la izquierda y aumentaron la horrible muchedumbre que se empujaba hacia Malqua. Sintagmas compuestas de hombres robustos habían hundido tres puertas. Altas barreras formadas de planchas claveteadas les detuvieron. Otra puerta cedió fácilmente; se lanzaron por encima de ella corriendo y cayeron en un foso lleno de cepos. En el ángulo sudeste Autharito y sus hombres, derribaron la muralla por una amplia grieta tapada con ladrillos. El terreno se elevaba detrás de la muralla; subieron aprisa pero se encontraron ante una segunda muralla compuesta de piedras y largas vigas.

Atacaron y fueron rechazados.

Desde la calle de Khamon, hasta el Mercado de hierbas todo el trayecto de ronda estaba en poder de los bárbaros, y los samnitas remataban á los moribundos. Los honderos situados á retaguardia, tiraban sin descanso, pero á fuerza de haber servido, el resorte de las hondas acarnianas se había roto, y muchos, como los pastores, lanzaban guijarros con la mano, otros, tiraban bolas de plomo con el mango de un látigo. Zarkas, con los hombros cubiertos por sus largos cabellos negros, acudía á todas partes y arrastraba á los baleares. Dos cestas estaban suspen-

pendidas á su cintura; de continuo hundía la mano izquierda en ellas y su brazo derecho volteaba como la rueda de un carro.

Matho, al principio, se abstuvo de pelear para poder mandar mejor, se le vió á lo largo del golfo con los mercenarios, á orillas del lago con los negros, y desde el fondo de la llanura empujaba continuamente masas de soldados que se estrellaban contra la línea de las fortificaciones.

Poco á poco se fué acercando; el olor de la sangre, el espectáculo de aquella carnicería y el estrépito de los clarines, acabaron por embriagarle en furor bélico. Entonces entró en su tienda y quitándose la coraza se puso su piel de león más cómoda para la batalla. Las fauces se adaptaban sobre su cabeza, rodeando el rostro de un círculo de dientes; las dos patas anteriores se cruzaban sobre el pecho, y las posteriores adelantaban sus uñas más abajo de las rodillas. Llevaba su fuerte cinturón del que pendía un hacha reluciente de doble filo, y con su gran espada que empuñaba con ambas manos, se precipitó por la brecha impetuosamente. Como un podador que corta las ramas y trata de derribar el mayor número posible para ganar más, así adelantaba segando cartagineses á su alrededor. A los que trataban de cogerle de lado, les derribaba con el puño, cuando le atacaban de frente les atravesaba; si huían les hendía. Dos hombres á la vez saltaron sobre su espalda; retrocedió de un salto contra una puerta y les aplastó. Su espada centelleaba bajándose y levantándose. Se rompió contra el ángulo de una pared. Entonces tomó su pesada hacha, y por delante y por detrás mataba cartagineses como ovejas. Todos se apartaban de aquel hombre que sembraba la muerte, y así llegó sólo hasta el segundo recinto, al pie de la Acrópolis. Los proyectiles lanzados desde la cima, obstruían las gradas. Matho, rodeado de ruinas, se volvió para llamar á sus compañeros.

Vió sus penachos diseminados entre la multitud, se